

Él me propuso que lo tradujese al español, e hice algunas traducciones con gran gusto, porque me sentía a mis anchas. Sobre todo porque elegí como registro lingüístico el español de la *Biblia* protestante. El español de una *Biblia* del siglo XVI de Cipriano de Valera, que yo he leído y releído y leo y releo. Una *Biblia* que luego, por razones históricas, fue excluida del mundo hispánico, en tanto que la de Lutero o la traducción de King al inglés son obras maestras, integradas plenamente a la historia de las literaturas alemana o inglesa. Aquí, al establecerse el Imperio español con el reino de Carlos V, hubo una censura verdaderamente eficaz, porque es casi imposible conseguirla, hay que recurrir a las editoriales protestantes para poseer esa versión en un español extraordinario. Me pareció que ése podría ser el patrón lingüístico y literario apto para la traducción de Jabès. Pero ocurre que cuando Jabès comienza a ser conocido en España, los editores españoles no aceptan las traducciones hispanoamericanas, a menos que sean de Borges o de Paz o de Cortázar, que tienen una fama literaria que avala el trabajo. Las traducciones españolas son una especie de imposición lingüística que tiene poco que ver con las realidades, con la lengua viva. Así que yo fui desplazado por traductores españoles (con la excepción de lo publicado por Alfaguara) cuyas traducciones no he leído, no conozco. Con Jabès fue un encuentro sumamente fecundo, extraordinario, como lo fue antes el encuentro con Cortázar, basado en una correspondencia profunda y una complicidad sumamente estimulante y fructífera. Queda, además, una gran parte de la obra de Jabès por traducir. Por ejemplo: la producción poética anterior al *Libro de las preguntas*. Él tenía mucho apego a su poesía, la asumía plenamente, hablaba constantemente de ella y se reconocía en ella. Pero esa poesía en verso pertenece al surrealismo internacionalizado, como el de Octavio Paz. En torno al surrealismo que se internacionalizó (la internacionalidad estaba inscrita en el propio movimiento), hubo una serie de figuras inmediatamente ligadas a Breton como Jabès y Octavio Paz. Pienso que Jabès fue favorecido por ese azar político, por la expulsión de los judíos de Egipto, una nueva diáspora.

– *En el panorama actual de las letras españolas se percibe con facilidad un abandono rápido y alarmante –salvo en pocas pero honrosas excepciones– del verdadero legado de las vanguardias históricas, un campo en el que usted ha trabajado en libros tan sugerentes e imprescindibles como A través de la trama o Fundadores de la nueva poesía hispanoamericana. ¿Cuáles son, a su juicio, los elementos determinantes en el deterioro del espíritu de la modernidad en las letras españolas?*

– Viví una conjunción también muy cordial y de intercambio y coincidencia con los novísimos en España, del sesenta en adelante. Hubo en España una atmósfera en el marco estético-literario bastante propicia como para que se produjese un brote neovanguardista. Sobre todo porque muchas veces estas emergencias tienen que ver no sólo con la actividad literaria sino con la actividad artística en general. En España, en los sesenta, había muy buena pintura. Brossa sería un exponente de ese ambiente, de ese contexto estético literario de los sesenta. Brossa circunscrito al ámbito catalán, tiene su equivalente en Nicanor Parra. Un amigo mío hizo una exposición en el Instituto Valenciano de Arte Moderno en la que los reunía, porque en ambos hay una actitud neodadá, y una incursión en el orden de las artes plásticas. Ambos son fabricantes de objetos poéticos. Con los novísimos nosotros percibimos una efervescencia y una apertura concomitante con la que se producía en el mismo momento en la literatura hispanoamericana.

No duró mucho ese momento fecundo, creativo y cosmopolita que se produjo en la Barcelona de los setenta. Se daban todas las condiciones... La culpa la tuvo el catalanismo que produjo una cerrazón, por determinados condicionantes históricos que no es el momento de analizar. Había prosistas y poetas, revistas, y una comunidad latinoamericana en relación de confraternidad e intercambio con los españoles. Y una efervescencia editorial y una apertura. Las editoriales ponen en contacto con la producción en otras lenguas, en otros países, forman parte de los sistemas circulatorios de la cultura y la literatura, son imprescindibles. Pueden ser determinantes en el activamiento y la fermentación con su exploración y traducción. Pensando siempre en un contexto, en una circunstancia histórica y en una empresa colectiva, creo que el movimiento de los novísimos no cuajó.

Un exponente válido de ese período es Juan Goytisolo. Juan vivió en Francia, tuvo contactos cosmopolitas, es más abierto a influencias exteriores y a la vez antiespañol. Otro exponente es Julián Ríos, Julián en contacto hiperactivo con la literatura hispanoamericana y con las artes plásticas, en conjunción, en interacción con los plásticos españoles más interesantes. Otro es José Miguel Ullán, un producto neto de una neovanguardia. Figuras que asumen, integran y configuran las estéticas que se ponen en órbita a partir de esos momentos estético-literarios. Luego hay una resistencia muy especial en España porque la literatura no pudo aprovechar mucho de la movida, de la integración de España en el gran circuito del comercio internacional y de la modernización. Aún no se ha producido en relación con la alta cultura, una movida literaria. Quizás no hubo la renovación universitaria necesaria. Lo cierto es que España tenía una oportunidad histórica, y aún la tiene quizás, de provocar una inflexión eficaz y densa, poten-

te, perdurable en el campo de lo literario. A lo mejor se debe a la debilidad filosófica. España asegura siempre una renovación y una calidad en las artes plásticas, renovaciones que han sido constantes a lo largo de todo el siglo XX, incluso en la época negra del franquismo. No ocurre lo mismo con la literatura. Hay una resistencia de la España profunda. Necesitaría de la ayuda de mis amigos españoles para explicarme una imposibilidad que yo no consigo dilucidar adecuadamente. Diría que hay un anacronismo literario que es más notorio en la novela, que tiene gran difusión ahora en Francia. Todos los editores se han propuesto publicar novela española y se ha publicado casi todo. Y yo la encuentro, en general, pasatista, decimonónica.

Creo que ha habido proyectos interesantes, por la revista *Syntaxis*, que es un producto neto de lo que trato de caracterizar. Hay figuras, como Andrés Sánchez Robayna o como José Ángel Valente, que me parecen poetas de gran valía. Lo último que he leído de Valente son las traducciones de Celan publicadas por la *Rosa Cúbica*. Ahí también está esa búsqueda de lo más denso, lo más arduo o más oscuro en contacto con otras literaturas, a la vez con las fuentes del Siglo de Oro, con la poesía mística española. Hay en ellos a la vez una ligazón activa con la diferencia, con lo que se hace afuera, con la actualidad literaria. Hay algunos abanderados o adelantados. Pero a la vez me parecen insulares por el hecho de que son individualidades que no logran constelarse. Hay estrellas de primera magnitud y no constelaciones.



P/A 4/5

ALONSO FERRAZ 96